

Sophie Scholl
¡viva la libertad!

Silvia Martínez-Markus



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2009, by Silvia Martínez-Markus y Editorial Casals, S.A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: Aci, Aisa, Age-Fotostock, Album, Corbis, Getty Images

Agradecimientos: a la familia Sanz-Briz por la cesión de la fotografía de Ángel Sanz-Briz

Ilustraciones: Farrés, il·lustració editorial

Segunda edición: noviembre de 2012

ISBN: 978-84-218-3977-5

Depósito legal: M-10.879-2009

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1	1921, en un pequeño pueblo de Alemania	3
2	Las Juventudes Hitlerianas	13
3	¡No me digas que es por la patria!	23
4	La Rosa Blanca	45
5	El viaje a Rusia	59
6	El drama de Stalingrado	73
7	Juicio ante el Tribunal Popular	91
8	22 de febrero de 1943	101
9	El día después	109

1921, en un pequeño pueblo de Alemania

—Ha salido todo bien, es una niña preciosa —anunció la comadrona a Robert, cuando abandonó la habitación en la que ya descansaban la madre y la recién nacida.

Robert se apoyó despacio en el respaldo de la silla. Respiró profundamente. Había nacido su cuarta hija. Los momentos de espera durante los partos le producían siempre cierto desasosiego. Cerró los ojos y le cruzaron por la memoria imágenes pasadas de temor y duda: él era más joven y comenzaba en Europa la Gran Guerra de 1914. Todos los jóvenes se marchaban al frente, pero él se negó a alistarse: «No puedo matar a otros», repetía, cuando le preguntaban, arriesgándose a que lo fusilaran por insumiso. Por fin, lo mandaron a transportar heridos. Gracias a ello en el hospital militar había conocido a Magdalena, su esposa.

Enseguida buscó a sus otros tres hijos.

—¡Inge! ¡Hans! Tenéis una nueva hermanita. ¡Venid a verla!

A Elisabeth, que jugaba sentada en su cuna de madera, también le presentaron a la pequeña Sophie.

Ahora Robert era el alcalde de Forchtenberg, un tranquilo pueblo rodeado de bosques y junto al que fluía el río Kocher.

No tardaron en concretar el bautizo con el pastor protestante de la iglesia del pueblo. El 10 de julio toda la familia Scholl se reunió con gran alegría alrededor de la antigua pila bautismal para celebrar el bautizo de Lina Sophie. Poco después la familia creció aún más con el nacimiento de Werner.

Los Scholl vivían en el ayuntamiento, un edificio grande y con dos siglos de antigüedad al que se entraba por una enorme puerta. Había sido construido sobre un lagar de vino.

A Sophie y sus hermanos les encantaba husmear por todas las habitaciones de la enorme casa.

—¡Sophie, ven, subamos a la buhardilla! —le decía Hans cogiéndola de la mano para ascender por la estrecha escalera.

Se asomaban por la ventana más alta del tejado y desde allí contemplaban todo el pueblo y sus alrededores.

—¡Sophie, si miras con atención al fondo se ve el mar! —le dijo una tarde Hans.

—¡El mar! —contestó Sophie con los ojos llenos de entusiasmo. Y se esforzó todo lo que pudo por ver las olas azules. Pero sus ojos sólo alcanzaban un mar de hojas verdes.

—¡Yo no veo nada, Hans! —dijo, después de un rato.

—Bueno, quizá hoy con la bruma sólo se divisa Berlín —bromeó de nuevo Hans.

—¿Berlín?

Enseguida llevaron a Sophie a la escuela infantil. Todo el pueblo se enorgullecía de la escuela, la primera guardería de la región, a la que acudían alrededor de setenta niños. Cuando llegaban por las mañanas, se sentaban y la hermana Rosa tocaba el armonio, un órgano pequeño. Todos los niños aprendían a escuchar la música y también a cantar. Sophie se esforzaba por aprender la letra de las canciones, que después cantaba con sus hermanos mientras jugaban.

—¡Hoy vosotros sois pobres pescadores y yo soy Loreley! —decía Sophie, refiriéndose a la conocida sirena del Rin que con sus cantos provocaba el naufragio de los barcos que se le acercaban.

Y mientras hacía que se peinaba el largo cabello rubio de Loreley, sentada sobre una piedra, cantaba:

*Sie kämmt es mit goldenem Kamme
Und singt ein Lied dabey;
Das hat eine wundersame,
Gewaltige Melodei.*

*Con un peine de oro ella al usar
canta una canción ensoñadora;
su melodía extraña al sonar
es intensamente abrumadora...*

—¿Conocéis la historia de la hermosa Judit? —les preguntó un día la hermana Rosa, que les solía contar historias de la Biblia.

—Una mujer muy guapa —contestó Ludwig, un niño con el pelo rubio.

—Bien, ¿pero no sabéis nada más? —indagó la hermana Rosa colocándose la toca que cubría su pelo oscuro.

—¡Fue valiente! —dijo Annelise desde el otro extremo de la clase.

—Sí, fue una de las mujeres más valientes que se conocieron —empezó a contar la hermana Rosa con un tono de voz teatral—. ¡Escuchad! El malvado Nabucodonosor, rey de un gran imperio, atacó a los judíos con un colosal ejército mandado por el capitán Holofernes. Ciento veinte mil soldados y arqueros a caballo saqueaban las ciudades, asolaban los campos y secuestraban a las mujeres y los niños. El miedo y el terror invadió a los judíos —continuó la maestra bajando la voz—. Ellos clamaron a Dios y pidieron que les ayudara.

Los ojos asustados de los niños no se separaban de las palabras de la hermana Rosa.

—Pero en una pequeña ciudad asediada por el ejército, vivía Judit, una joven viuda muy hermosa, que un día se vistió con sus mejores trajes, se adornó el pelo con joyas y se dirigió al horrible campamento de Holofernes.

—Ooooooh... —susurraron los niños al unísono.

—Judit les dijo que había huido de su pueblo y pidió asilo. En cuanto la vio, Holofernes se enamoró de ella y la invitó a cenar. Ella dejó que Holofernes bebiera y bebiera y entonces... ¡Mañana os lo cuento! —concluyó.

—¡No! ¡No! ¡Hermana Rosa! ¡Por favor, ahora!

La maestra se hacía de rogar.

—¡Bueno, bueno! Holofernes bebió tanto que se emborrachó y se durmió muy profundamente; entonces Judit sacó un cuchillo y... ¡le cortó la cabeza!

—¡Puaj, que asco! —dijo Anton.

—Judit metió la cabeza en un saco, regresó a su ciudad y la colocó en un sitio visible. Cuando los soldados descubrieron por la mañana que habían asesinado a su capitán, huyeron lejos. Y así Dios no permitió que hirieran a los judíos, su pueblo elegido.

—¿Y por qué son los elegidos?

—Los judíos fueron el pueblo elegido por Dios para que de él naciera el Mesías, nuestro Salvador: Jesús —contestó la hermana Rosa.

Aquel día, mientras Sophie jugaba en el cajón de arena, susurró con determinación:

—¡Yo de mayor quiero ser como Judit!

Al salir de la escuela a menudo corría con sus hermanos hacia el jardín de la casa del pastor protestante para jugar con sus hijos.

—¡Hoy vamos a jugar a las bodas! —decía Inge, la hermana mayor de Sophie.

—¡No! ¡A las bodas otra vez, no! —suplicaban los más pequeños.

—¡Hoy se casarán Sophie y Arnold! ¡Hans escribirá el texto, Sophie pintará el decorado y nosotros buscaremos trajes antiguos! —continuaba Inge.

—¡Qué horror!

También en este jardín, según la costumbre en Alemania, escondían las dos familias en Pascua los huevos pintados para que los niños los buscaran. A veces los adultos daban alguna pista:

—Tengo la impresión de que debajo de aquel tilo brilla algo.

A Robert le gustaba contarle al pastor como llevaba las gestiones para conseguir que el tren llegara al pueblo:

—No es fácil. No he logrado convencer a algunos de que el tren mejorará nuestras vidas. ¡El panadero me dijo el otro día que los bollos se le llenarían de polvo cuando pasaran los vagones, que el pueblo perderá la tranquilidad! ¡No se dan cuenta de que vivimos en el siglo XX y no podemos vivir aislados! ¡Y tampoco quieren canalizar el agua! Pero como decía Goethe: «Resistir siempre a las fuerzas contrarias, doblegarme jamás; mostrarse poderosos invoca el auxilio de los dioses».

Junto al jardín del pastor se encontraban las ruinas de un castillo medieval, en el que los niños sólo podían jugar acompañados de una persona mayor, porque los sótanos corrían el riesgo de derrumbarse. Los chicos del pueblo también se hacían casas y cabañas moviendo las antiguas piedras de su sitio, así que el padre de Sophie, como alcalde, mandó que se acordonasen las ruinas para conservarlas y evitar accidentes. De todos modos, se permitía su uso para representaciones de obras teatrales como, por ejemplo, cuando se inauguró la nueva línea de tren hasta el pueblo. Y también en otra ocasión los Scholl pudieron disfrutar de *El sueño de una noche de verano*.

—¡Papá! ¿Nos llevarás al teatro? —preguntó Sophie a su padre cuando entró en casa, mientras lo abrazaba—. ¡Sí! ¡Papá, por favor! Están adornando las ruinas con decenas de farolillos. Dice Hans que los van a encender por la noche.

—¡Por supuesto, tenéis que conocer a Shakespeare en persona!

Cuando Sophie creció, entró a estudiar en la antigua escuela del señor Müller, un hombre bajito, moreno y con bigote. Todos sus hermanos mayores ya estudiaban allí y estaba contenta porque iba a la misma clase que Elisabeth. Sophie mostraba mucho interés por aprender, por tener más conocimientos sobre el mundo que la rodeaba, la naturaleza, los animales; pero también sobre las personas.

—Señor Hammel, ¿para qué nacemos las personas? ¿Cuál es nuestra misión aquí? —preguntaba Sophie con curiosidad.

—¡Uf! ¡Vaya pregunta! Intentaré darte una respuesta pero lo entenderás mejor cuando pases al curso medio.

Sophie no se contentaba con cualquier explicación y sin rendirse le daba vueltas a las cosas.

—¡Eres la hija perfecta de Alemania, un pueblo de filósofos y poetas! —le decía su madre.

La escuela se dividía en dos aulas: una para chicas y otra para chicos. Dentro de cada aula los alumnos se sentaban según la edad y el nivel de conocimientos: bajo, medio o alto.

Un día el señor Müller entró en clase y preguntó con voz severa:

—¡Elisabeth Scholl! ¿Es hoy el aniversario de tu nacimiento?

—Sí, señor —contestó ella.

—Hoy te toca cambiar de curso; ya perteneces al nivel medio.

Elisabeth y Sophie se miraron. Sophie no se lo esperaba y contempló con asombro lleno de dolor como su hermana recogía su material y cambiaba la primera fila por la última, para unirse a las niñas mayores. A Sophie le

pareció una injusticia y, aunque era tímida, se levantó y, sin pensarlo dos veces, se acercó al señor Müller:

—Por favor, ¿no podría dejar a Elisabeth en la primera fila? Hoy es su cumpleaños y es buena estudiante.

—Tu hermana ya ha crecido. Ahora tiene que dejar su sitio a los niños más pequeños. No te preocupes —contestó el serio director, colocándose la corbata.

Una mañana de nieve Sophie se encontraba mal. Desde hacía unos días le dolía la garganta y cuando su madre le puso el termómetro, el mercurio ascendió a 38 grados.

—¡Quédate en la cama, Sophie! Te traeré leche caliente —le dijo su madre.

Dormía en la misma habitación que Inge y Elisabeth, que se prepararon para ir al colegio. De pronto Sophie se incorporó y, sentada en la cama, comenzó a escribir en un papel.

—¡Pero Sophie, si estás mala ¿qué estás escribiendo ahora?! —le preguntó Inge.

—Mi testamento —contestó ella.

Los Scholl acudían todos los domingos a la iglesia. Magdalena, la madre, era muy religiosa y desempeñaba distintos cargos en la parroquia. Sophie y sus hermanos acudían al servicio divino para niños. Para llegar allí tenían que subir por un camino estrecho y empinado.

—¡Venga, que subir al Cielo también requiere esfuerzo! —animaba Hans a sus hermanas, que se quedaban rezagadas.

La mayor diversión llegaba en invierno con la nieve y el hielo, ya que este camino se congelaba y podían tirarse cuesta abajo deslizándose sobre la nieve con su trineo.

—Si cogemos mucho impulso pasaremos por delante de casa y conseguiremos llegar casi al río.

Era el mismo río que en verano se convertía en su lugar de juegos preferido. En sus aguas transparentes y frías Inge enseñó a nadar a Sophie.

—¿Te atreverías ya a atravesarlo?

—¡Sí!

Llegó el año 1929, que se recuerda en la historia como el año en que quebró la bolsa de Nueva York y se hizo patente una terrible crisis económica en todo el mundo. La situación en Alemania era deplorable desde hacía unos años, cuando perdieron la Primera Guerra Mundial, también llamada la Gran Guerra. Alemania debía pagar unas altas indemnizaciones que condujeron al país a la miseria: la moneda se devaluó hasta perder su valor —un dólar llegó a costar un billón de marcos—, por lo que resultaba casi imposible comprar alimentos y productos de primera necesidad; el número de parados aumentaba —más de seis millones— y las ciudades se poblaban de familias hambrientas. El pueblo vivía humillado por la derrota de su ejército, que se había creído el más poderoso de Europa.

Esta situación formó el caldo de cultivo de grupos extremistas de derechas y de izquierdas y originó enfrentamientos armados entre ellos en las ciudades. Enseguida destacó el Partido Obrero Alemán, con su líder, Adolf Hitler, radical, ultraderechista y antisemita. Hitler, con discursos fáciles, sabía manejar a las masas populares desesperadas: la culpa de la situación alemana es de los extranjeros; los comunistas y los judíos invadirán el país; la raza

aria alemana es superior; la república y los partidos políticos restan fuerza a la nación. La empobrecida clase media creyó en sus palabras, y temerosa de la dictadura comunista, siguió a Hitler como si se tratara de un salvador.

Los Scholl abandonaron Forchtenberg por otro pueblo en 1930, y dos años después se mudaron a la ciudad de Ulm, donde su padre consiguió trabajo.

2 Las Juventudes Hitlerianas

Durante los primeros meses en Ulm, Sophie añoraba su anterior vida cerca del campo, el río, los bosques, los juegos al aire libre con sus amigas... pero poco a poco se acostumbró a vivir en la ciudad, menos tranquila pero llena de alegre bullicio.

Un día de invierno en clase se enteró de que Hitler había sido nombrado canciller. Sophie no sabía mucho sobre él, pero al llegar a casa encontró a su padre enfadado, leyendo el periódico.

—¡Pintor de brocha gorda! ¡¿Cómo es posible que el pueblo haya votado a este mequetrefe?! ¡Qué vergüenza! ¡Y dicen que ahora todo mejorará en Alemania!

Enseguida visitaron el colegio unas jóvenes de la Liga de Chicas Alemanas (BDM), la rama femenina de las Juventudes Hitlerianas (HJ). A Sophie le llamó la atención que todas fueran altas, rubias y muy guapas. Llevaban unos trajes marrones con camisas blancas.

—Seguro que muchas de vosotras os preguntaréis por qué vuestra familia vive de manera tan pobre, mientras los extranjeros (esa chusma del Este) y los judíos viven en la

abundancia y tiran lo que les sobra... —comenzó diciendo la que parecía más mayor y que vestía una camisa negra—. ¡El pueblo alemán, superior a cualquier pueblo conocido, ha sido humillado por los bolcheviques y por razas inferiores a la nuestra! ¿Amáis vuestra patria?

—¡Sí! —contestaron todas las niñas al unísono.

—¿Os gusta que pisen nuestra nación?

—¡No!

—¡Ha llegado el momento de actuar, de vivir para algo grande! Nuestro *führer*, Hitler, quiere que las jóvenes como nosotras construyamos una patria grande, hermosa, donde todos tengamos pan y felicidad. ¡Por eso estamos aquí, para que nos ayudéis a alcanzar ese objetivo! ¡Alemania es libre, estamos salvadas! —concluyó la chica, que recibió un gran aplauso de todas las alumnas de la clase.

Las miembros de la Liga de Chicas Alemanas concluyeron su presentación con un himno de letra pegadiza que recordaba a las antiguas canciones populares.

El entusiasmo de las chicas y chicos por las Juventudes Hitlerianas crecía cada día más. Se sentían atraídos por sus grandes ideales, himnos y cantos, tambores, colores, uniformes, y por su amor a la patria. Se sentían felices de pertenecer a un movimiento tan importante. Sophie y sus hermanos, como todos los chicos de su edad, también. Sophie sólo se preguntaba por qué su amiga Luise Natham, judía, no podía pertenecer a la Liga:

—¿Qué significa ser ario? ¿Por qué ella que es rubia y tiene los ojos azules no puede ser de la Liga, mientras que yo, que soy morena y tengo los ojos oscuros, sí?

Robert y Magdalena Scholl se habían propuesto desde el principio educar a sus hijos en libertad. Pero el padre de Sophie no perdía la oportunidad de decirles lo que pensaba de las Juventudes Hitlerianas:

—Hitler es como el flautista de Hamelin, que con su música engatusa a los niños para que vayan detrás de él y los lleva derechos al río, para que se ahoguen.

—¡Papá! ¡No seas antiguo! ¡Sólo nos vamos de acampada a las montañas! Cantamos, bailamos, leemos libros... —contestaban entusiasmados.

—¿Libros?! ¡Hitler no ha leído un libro en su vida! ¡Sólo sabe quemarlos!

A Hans, el hermano mayor, le molestaban las advertencias de su padre sobre las Juventudes Hitlerianas. Cuanto más se enfadaba su padre, más defendía a sus compañeros.

Una tarde que Hans regresaba de un desfile, su padre se le acercó y le dijo:

—Hans, eres un muchacho inteligente, no les creas, son guías de lobos y maltratan a nuestro pueblo. ¡Lo que tú encuentras allí no es el verdadero pueblo alemán!

—Papá, no vengas otra vez con lo mismo. Hitler ha cumplido sus promesas.

—¡Ja! ¿Qué promesas? ¿Acabar con todos los judíos?

—Lo de los judíos es una exageración. Hitler sólo quiere lo mejor para nuestra nación. Y, por ejemplo, ha bajado el paro.

—Sí, porque los parados trabajan ahora haciendo armas, en la industria de la guerra. Hans, te voy a decir una cosa que no debes olvidar: el hombre no es como el ganado que se contenta con tener la tripa llena. Sólo lo material no nos hace

felices. Para respirar necesitamos libertad y derechos. Con Hitler jamás los tendremos —concluyó Robert.

Durante unos días de acampada, Sophie escuchó algo que le llamó la atención. Estaba tumbada en la tienda con sus compañeras. Estaban agotadas después de una larga excursión en bicicleta por el bosque. Una de las chicas de pronto dijo:

—¡Todo es tan bonito! Sólo me desagrada lo de los judíos, tener que gritar por las calles «¡Pereced, judíos!»

Se hizo el silencio en el interior de la tienda. Entonces una de las *führerin* de su grupo contestó muy seria:

—Los judíos son ajenos e inferiores a nuestra raza y nuestra nación. Hitler sabe lo que hace y estamos obligadas a aceptar lo duro y lo incomprensible por amor a las cosas grandes.

—Pues no me parece bien —replicó la chica.

—¡A mí tampoco! —añadió otra.

—¡Insolentes! ¡No sabéis lo que decís! ¡Hablaré con vuestros padres! —dijo la *führerin* con un chillido.

Sophie pensó en lo sucedido durante esa noche. ¿Por qué no podemos decir en libertad lo que pensamos?

Más desagradable fue la impresión que se llevó cuando le aseguraron que el poema alemán de Loreley, que ella cantaba de pequeña, no lo había escrito Heinrich Heine:

—Ese apuesto judío era incapaz de escribir una frase seguida. Nadie duda de que es anónimo.

—Si no conoces a Heinrich Heine, no conoces la literatura alemana —contestaba Sophie.

Pero no sólo Sophie descubría ya lo negativo de las Juventudes Hitlerianas. También Hans, que era porteador

del banderín de su escuadrón, empezaba a sentir cierto desencanto. Todo comenzó cuando Hans propuso a sus compañeros cantar canciones acompañados de la guitarra. Después de entonar varias melodías alemanas, sacó un cuadernillo en el que había recopilado canciones de diversos países de Europa.

—¿Os gustaría escuchar una canción popular noruega o rusa? —preguntó, disponiéndose a tocar.

Entonces el capitán de su escuadrón le espetó:

—¿No sabes que está prohibido cantar canciones extranjeras? ¿Quieres promocionar a esos rojos bolcheviques o que todos nos aprendamos esos estúpidos himnos de unos bárbaros nórdicos?

Hans dejó de mirar la guitarra para fijar sorprendido sus ojos en el capitán. Le parecía una prohibición tan ridícula que soltó una fuerte carcajada.

—¡Johannes Scholl, si no te comportas como corresponde a un joven servidor de nuestra nación, serás severamente castigado! —le amenazó.

No había pasado ni un día cuando se encontró de nuevo con el capitán. Hans llevaba debajo del brazo varios libros, uno de ellos lo había escrito Stefan Zweig, su autor preferido, y se titulaba *Momentos estelares de la humanidad*. El capitán se detuvo frente a él.

—¡De nuevo leyendo! Veamos qué tienes aquí...—dijo cogiendo los libros.

—Goethe... Schiller... Bien. ¿Stefan Zweig? —preguntó moviendo el libro ligeramente.

—Es muy interesante.

—Este libro no es alemán, es bazofia judía.